

In memoriam: José Luis
López Aranguren
(9 junio 1909-
17 abril 1996)

José Gómez Caffarena *

SOBRE el inolvidable José Luis Aranguren se escribirán sin duda muchas semblanzas. Ésta, necesariamente breve y redactada con urgencia, no podrá tener toda la precisión y riqueza objetivamente deseables. No rehuiré el riesgo de subjetividad que implica la relación de amistad personal. Y privilegiaré las dimensiones religiosa y cristiana: son las que más de cerca he podido apreciar; pero entiendo han sido, en todo caso, decisivas en su vida.

* Profesor emérito de filosofía en la Universidad Pontificia Comillas de Madrid.

El «intelectual católico» aperturista

LA biografía de Aranguren admite seguramente varias periodizaciones. Y, por encima de cualquiera que se intente, habrá siempre que reconocer la esencial homogeneidad de su trayectoria vital. A mí me parece, de todas formas, que hay una fecha que marca una divisoria importante: 1965. Es el año en que termina el Concilio Vaticano II. Pero, sobre todo, es el año en el que las circunstancias de la universidad española le pidieron aquel gesto, que él ejecutó con la mayor naturalidad, pero que tenía tan hondo significado social y político: en la mañana del 24 de febrero, junto con otros tres profesores, encabezó la manifestación de estudiantes de la entonces Universidad Central en demanda de «democratización». Aranguren no era ya para entonces ningún desconocido; había publicado varios libros notables y era el profesor predilecto de los alumnos de la Facultad de Filosofía. Pero el gesto y la consiguiente sanción —separación de la cátedra— acrecentaron su renombre público y le dieron cierto carácter de símbolo. Todo ello significó un importante giro en su biografía y en su vocación de intelectual.

Dirijamos ahora desde esa fecha clave una mirada retrospectiva. La vocación filosófica, entendida sin vinculación académica, había conducido a Aranguren a escribir *La filosofía de Eugenio d'Ors* (1945). Pero atraía su atención sobre todo el tema religioso. Ya antes había escrito sobre San Juan de la Cruz. Desde 1945 hasta 1952 elaboró uno de sus libros más cuidados y más originales, *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia*: un estudio profundo y novedoso, no sólo por cuanto rompía con el clima de ignorante desdén con el que la España católica tradicional trataba a la Reforma; sino, más aún, por su nueva manera de mirar a lo religioso: desde lo humano, no tanto ideas o prácticas cuanto «talantes».

Ya por esas mismas fechas Aranguren estaba alineado en el pequeño grupo de «intelectuales católicos» que —en un estilo cuya pauta daban entonces los franceses— vivía la necesidad de abrir al mundo católico a una nueva receptividad para los problemas nuevos que suponía la posguerra —los problemas, tanto tiempo reprimidos, de la Modernidad—. Las «conversaciones católicas internacionales de San Sebastián» (desde 1950) se prolongaron en los años siguientes en las «conversaciones de Gredos». Es ese espíritu el que impregna el segundo libro de impacto de Aranguren, *Catolicismo, día tras día*. Aparecido en 1955, recogía, como aclara su

autor en la introducción (aparte de algunos artículos de entre los años 1949 y 1953) «una suerte de diario intelectual, si bien fragmentario, de la vida católica española durante los años 1952 y 1953». Sobre este libro volveré después. Las inquietudes de que es testigo son sintomáticas de lo que vivían por entonces los católicos con más horizonte; que era, sin que lo pudieran definir así, como una inconsciente gestación del Concilio Vaticano II.

Es de esas mismas fechas —abril 1953— la llamada, hasta ese momento no contemplada por Aranguren, al magisterio universitario. Vino de Pedro Laín, entonces rector de la Universidad Central. Aranguren, que daba por entonces a la publicidad otro libro complementario del primero, *El protestantismo y la moral*, se decidió a opositar a la cátedra de Ética y Sociología. Ganada la oposición, comenzó su docencia universitaria a finales de 1955. Del germen que era la memoria de la oposición salió su libro más sistemático, la *Ética* (1958). Al que siguió, no mucho después (1963), *Ética y política*. Pero la actividad docente aportó, sobre todo, el descubrimiento de un filón vocacional extraordinariamente fecundo. Lo fue para los que entonces gozaron de su magisterio y lo recordarán siempre como innovador en los temas y métodos, como sugerente ruptura con lo rutinario y forzado. Lo fue, quizá más aún, para el mismo Aranguren. El contacto con la juventud le dio esa cercanía humana que sería en adelante un rasgo inseparable de su carácter. Se sintió llamado a ser maestro y no sólo con la palabra. Captó bien que se le pedía enseñar libertad, en aquel mundo rutinario y vigilado, *ghetto* de estereotipos repetidos acriticamente.

Tal libertad incluía muy en primer lugar libertad de acercamiento a lo real, por un conocimiento auténtico, que evite el discurso vacío, doctrinario, unilateral. Se había dejado ya ver en sus anteriores libros: había buscado en ellos descriptivamente el *éthos*, los *mores*, antes de preguntarse por la normatividad ética o moral. En adelante será quizá lo que más carecterece cuanto escriba. No significa en absoluto aceptación acítica, rendimiento ante los hechos. Significa situación *en la realidad*. Quizá habrá que poner aquí la marca del magisterio de Zubiri, que Aranguren siempre ha reconocido. Como ha dicho muy bien Javier Muguerza, la obra de Aranguren viene a ser «la crónica moral de nuestro tiempo».

Crítico lo será siempre Aranguren; pero a partir de una consideración de lo real sin velos hipócritas. Será también fuertemente autocrítico. Como ha notado muy bien Pedro Cerezo, ha sido «criticándose a sí mis-

mo como ha criticado a su sociedad». Con ese «arte de adelantarse a sí mismo, en un tiempo histórico de crisis» ha ido ejerciendo una libertad ejemplar. «Desde la fragilidad y sin ninguna petulancia», ha captado bien Jesús M. Alemany. Es lo que el mismo Aranguren ha denominado alguna vez «mi continua tendencia a la desidentificación, mi inestable identidad siempre autocuestionada».

Es todo esto lo que ilumina el sentido del gesto de febrero de 1965. Los universitarios madrileños —en quienes confluía la lógica repercusión del movimiento estudiantil europeo y americano de aquellos años con la exigencia de libertades elementales violadas por la dictadura y reivindicaciones sociales también elementales— intuyeron certeramente que nada avalaría la justicia de su causa como la presencia de Aranguren en la cabeza de su manifestación. Y Aranguren no pudo, para ser coherente consigo, rehusar el desafío.

Maestro itinerante (1965-1995)

FUE también del todo coherente el modo como asumió Aranguren el golpe que, como respuesta a su gesto, le asestó la dictadura unos meses después, en el verano de 1965, separándolo de la cátedra. Estaba preparado para convertirse en un «maestro itinerante», ahora avalado por su misma coherencia y hecho símbolo de la libertad perseguida. La repercusión fue viva y amplia. Quizá puede verse expresada en el gesto de José María Valverde, renunciando a su cátedra de Estética en la Universidad de Barcelona. («*Sine Ethica, nulla Aesthetica*», dijo).

Pienso razonable distinguir en esos largos treinta años (1965-1995), que significan la plena madurez de Aranguren, dos subperíodos. El primero lo forman los diez años que van desde octubre 1965 hasta 1976. Son años marcados por tiempos más largos de enseñanza en varias universidades del extranjero (Aahrus, California-Santa Bárbara...) —a los que no querría dejar de añadir el curso impartido excepcionalmente en España, en el semestre de invierno de 1973-74, en la Universidad Comillas (Madrid)—. Comprensiblemente, son éstos también años fecundos en publicaciones: *La comunicación humana* (1965); *Moral y sociedad* (1966); *Lo que sabemos de moral* (1967; que desde la reedición llevará el título de

Propuestas morales); *El marxismo como moral* (1968); *La crisis del catolicismo* (1969; al que me referiré ampliamente después); *El cristianismo de Dostoievski* (1970); *Moralidades de hoy y de mañana* (1973)... (Para completar este largo elenco y ver sus detalles debe leerse el «Ensayo bibliográfico» de Feliciano Blázquez. También, como se sabe, está ahora en curso la publicación por la Editorial Trotta de las *Obras completas*, seis volúmenes, de los que han aparecido ya cuatro y está anunciado como inminente el quinto.)

Un segundo subperíodo se abre con el comienzo de la transición democrática española. En octubre de 1976 se le restituye la cátedra en un elemental acto de justicia. Pero el magisterio de Aranguren no podrá ya en este tiempo quedar circunscrito. Es repetidamente solicitado para participar y dirigir cursos y simposios. No sería factible el elenco integral de sus conferencias; no han sido pocas sus presencias televisivas; sus artículos en la prensa fueron siempre de impacto. A todo ello ha dado José Luis Aranguren su tiempo generosamente, incansablemente, hasta muy pocos meses antes de su fallecimiento. Será difícil igualar en amplitud y perseverancia un magisterio así. Los temas fueron múltiples; algo muy de acuerdo con su talante. Observador perspicaz, ayudó a descubrir lo relevante de los mil aspectos de la vida española en la joven democracia; denunció sus ambigüedades, insinuó el horizonte utópico desde el que habría que intentar mejorarla... Todo ello en un lenguaje claro, sin retorcimiento artificioso: «filósofo sin jerga», como lo ha llamado acertadamente Enrique Miret.

Los libros de este tiempo han sido el resultado de esa actividad de conferenciante y de articulista. Los títulos mismos lo dicen: *El oficio del intelectual y la crítica de la crítica* (1979); *La democracia establecida: una crítica intelectual* (1979); *Sobre imagen, identidad y heterodoxia* (1982); *España: una meditación política* (1983); *Moral de la vida cotidiana, personal y religiosa* (1987); *Ética de la felicidad y otros lenguajes* (1988)...

En este último período de su actividad ha sido Aranguren, exactamente, el «intelectual», cuyo oficio había sabido describir: el que —son sus palabras— «ante todo, sabe escuchar lo que no se ha dicho, oír lo que se siente y, por ello y tras ello, puede pronunciar la palabra que muchos buscaban, sin acabar de encontrarla... (Que) presta así su voz a los unos y procura despertar con su voz la de los otros, de los enajenados y manipulados».

La índole asumida de crítico social exige a la vez compromiso (que no rehúya la polémica y el resultar conflictivo) e independencia. A Aranguren no le han faltado, por ello, críticos, adversarios despectivamente alejados. Pero no podrán alegar en su contra falta de perspicacia o, menos aún, mala voluntad. Los que lo han visto de cerca y sin prejuicios han sabido descubrir, tras sus críticas, a veces duras, y sus ironías, una atractiva honradez, benévola y más bien tímida.

El cristiano «heterodoxo»; «eclesial aunque no eclesiástico»

QUIERO volver para terminar mi semblanza a la dimensión religiosa, que Aranguren no ha abandonado en los últimos treinta años, aunque no haya tenido la centralidad que tuvo en sus comienzos. Aranguren ha seguido hasta el fin proclamándose cristiano. Y preocupado siempre por la dimensión religiosa. Ya aludí a que el giro biográfico de 1965 coincidió con el final del Concilio Vaticano II, un acontecimiento que el mismo Aranguren no ha dudado en calificar «el más importante del siglo XX». El «intelectual católico», que, con tantos otros, había contribuido inconscientemente a su gestación, cayó pronto en la cuenta de la crisis que el Concilio provocaba en la Iglesia. Quitar a la libertad unas barreras, mantenidas hasta bien poco antes a contrapelo de la historia, no podía ocurrir sin fuerte conmoción. Lo que no tenía por qué resultar negativo; más bien, quizá, al contrario.

La crisis podía ser «de crecimiento», observaba Aranguren al comienzo del libro (*La crisis del catolicismo*) que, tan tempranamente como 1969, le dedicó. Tras muy perspicaces análisis de las causas históricas y de las varias dimensiones de la crisis, dedica el último capítulo a una «tipología de los modos de participación en el catolicismo». Están los anticonciliares (Aranguren los llama con palabra entonces aún no extendida «fundamentalistas»); están los simplemente «tradicionales» a quienes todo resbala (séanlo conscientemente, sean más bien, como es el caso mayoritario, «inertes»). Están los «conciliares», acogedores entusiastas del Concilio y que desean la «reforma» que lo haga efectivo. Y están los «posconciliares» que, alertados por el Concilio, lo entienden como llamada a ir más allá de su misma letra. Pero tampoco estos «radicales» son la última posibilidad. Hay también «católicos (?) disidentes, sin identificación eclesial», «católi-

cos *hippies*, que ni siquiera sabrían si la pregunta: “¿Soy católico” es de las que pueden responderse con el Sí y el No». Se adivinan en esta descripción de Aranguren experiencias vividas en California. (Encuentra incluso, ya al margen del catolicismo, «cristianos abiertos al catolicismo y no cristianos “participantes” en él»; lo que es índice del entusiasmo suscitado por el despertar conciliar.) Pero la tipología es certera y universalizable en lo esencial.

No se ubica a sí mismo Aranguren en su tipología —no debía hacerlo en un escrito sociológico—. Que se veía a sí mismo como «posconciliar» y como «radical» es la conjetura más verosímil. Por lo demás, no es necesario hacer conjeturas para hablar de su postura cristiana madura. Él mismo nos ha dejado el testimonio más auténtico, aunque de lectura compleja, al aceptar el desafío de apostillar la reedición de su libro de 1955, *Catolicismo, día tras día*. El nuevo título, *Contralectura del catolicismo* (1978) debe ser bien entendido: es una re-lectura de lo que escribió veinticinco años antes (1952-53, como sabemos) que, en muchos puntos, resulta «contra» lo entonces dicho. No en todos, y siempre con matices. Como «autocrítica de aquella primera autocrítica católica y de sus limitaciones» es como el mismo Aranguren define el libro. Sobre él escribí no hace mucho (en el monográfico que le dedicó *Anthropos*): «Para algunos seguirá siendo lo más admirable el que Aranguren tuviera entonces (tal) perspicacia y libertad... Para otros lo más admirable será la capacidad de evolución de su autor, fiel a sí mismo y a su vocación de “intelectual”, que puede rectificarse con coherencia y con matiz, sin renegarse y sin traicionarse. Puede que, para otros, lo más admirable, por más que ya conocido, sea apreciar una vez más la densidad histórica que permite (con el solo intervalo de un cuarto de siglo) que una persona coherente se contradiga —rectificando— en la letra en virtud de un mismo espíritu cristiano».

Especialmente significativa es la apostilla puesta a la *Nota preliminar* del libro de 1955, en la que decía: «Este libro quiere ser, ante todo, expresión de amor y adhesión a la Iglesia». Apostilla: «¿Amor y adhesión a la Iglesia? Sí, a la Iglesia eclesial. A la Iglesia “eclesiástica” la considero más bien un curioso fenómeno digno de estudio». «Eclesiástico» significa ahí —como, tristemente, es lo que sugiere a tantos— el espíritu autoritario, dogmatista, rutinario. No propugna Aranguren un rechazo de las estructuras organizativas; relativiza su valor en el conjunto cristiano. Es lo que de otra manera expresaba al llamarse «heterodoxo» —insistiendo en que no era traducible por «hereje»; y en que se extendía no sólo a lo eclesiástico sino a todo autoritarismo—.

No es éste el lugar para rememorar detalladamente muchas actuaciones enormemente aleccionadoras de José Luis Aranguren en seminarios del Instituto Fe y Secularidad —del que fue asiduo, y a cuyo Consejo perteneció desde 1976—. Pero, eso sí, no me es posible terminar la semblanza de otra manera que evocando una vez más con agradecimiento lo mucho que Aranguren ha significado, desde enero de 1978 y hasta el pasado septiembre 1995, en diecinueve ediciones de *Foro sobre el Hecho religioso*. Intentado como una nueva versión de lo que en los años cincuenta fueron las «Conversaciones de intelectuales católicos», debía, en el clima posconciliar, ser diverso, abierto al «diálogo» con aquellos no cristianos que sienten interés por el hecho religioso y cristiano; con la conciencia de cuánto debemos aprender todos de todos. A concebirlo así contribuyó mucho Aranguren; pero, sobre todo, fue decisivo para que ese proyecto tuviera viabilidad. No fueron únicamente su consejo y sus intervenciones oportunísimas. Fue muy relevante el artículo en el que cada año daba acertada cuenta en *El País* del perfil que había tenido la reunión y las principales aportaciones.

He escrito (en el homenaje de *El Ciervo*, en 1990) que un buen modo de describir lo que ha sido el atípico *Foro* podía ser: «el grupo amplio, mayoritariamente formado por cristianos confesantes de talante abierto..., que, sin estar exactamente donde Aranguren, *se sienten a gusto con él* y con el “clima Aranguren” que el Foro ha hecho suyo; clima que permite también que sigan viniendo otros que... se sienten netamente “fuera” [de lo cristiano]».

Terminaré reafirmando las mismas palabras que añadía a continuación de las últimamente citadas: «Ese clima nos favorece a todos en la honradez intelectual de nuestra personal búsqueda de verdad sobre el sentido último de la vida». También, sin duda, a los cristianos. Por ello, y en nombre de todos los que suscribirán esto, quería expresar aquí una inmensa gratitud a ese ser humano excelente que acaba de dejarnos. A quien nuestra fe y esperanza cristianas tienen por ya definitivamente «viente en Dios».